

OTRAS RAZONES

LA ESTOKOCRACIA

Estokocracia significa el mando o gobierno del azar. Roger de Sizif ha escrito «una modesta proposición para que el pueblo de Francia sea felizmente gobernado gracias a la instauración de una selección política aleatoria».



Sugiere una democracia-loto. La propuesta, sencilla y simple como las verdaderas teorías científicas, solucionaría el problema del Estado de Partidos al que Antonio García-Trevijano dedica su último libro, *Pasiones de servidumbre*, original por su concepción, formidable por la elaboración y raro en el panorama de la literatura política por su contenido y actualidad. En él hace una disección de los aspectos afectivos en que descansa el Estado de los Partidos, en el que una oligarquía domina sin contradicción a la inmensa mayoría que, cegada por sus pasiones, se deja seducir por esa minoría. García-Trevijano no abriga muchas esperanzas en que una reforma intelectual y moral cambie el estado de cosas. Sin embargo, el pequeño libro de Sizif, amparado en ejemplos históricos, en la autoridad de Aristóteles, Harrington *contrario sensu* pues era partidario del gobierno aristocrático, Montesquieu, Rousseau y hasta en la opinión de Benjamin R. Barber, consejero del inefable presidente Clinton, contiene la solución: la designación de todos los cargos políticos por sorteo.

El sorteo universal coincidiría con el auténtico sufragio universal al no influir los votos en blanco o de los muertos ni las abstenciones y no tener sentido las amenazas o las promesas. Sería relativamente fácil de establecer gracias a la informática y todo serían beneficios: el primero que, por su sola virtud, desaparecerían de pronto los partidos políticos, cuyos miembros, deudos y clientes, al incrementar el censo de trabajadores, contribuirían así a aumentar la renta nacional y a reducir la necesidad de inmigrantes; disminuirían también los dispendios públicos y los impuestos al ser menos —sólo los justos— los designados por sorteo que por elección, sin poder nombrar adláteres, paniaguados ni tener que pagar a cobistas y promotores.

Naturalmente, el autor francés da los detalles pertinentes sobre la organización, realización y el resultado de los sorteos y se anticipa a las críticas obvias. La organización y realización se regiría, con ayuda de la estadística, por el sentido común, lo que es una garantía, mediocre pero más honesta y segura que la demagogia, y, en cuanto al resultado, la misma estadística descarta que puedan acceder a los cargos públicos más tontos, orates, inútiles, ganapanes, ambiciosos y desaprensivos que ahora. Al contrario: las leyes de probabilidad estadística —Sizif hace el cálculo pertinente para Francia— garantizan que su número sería muchísimo menor y que difícilmente podrían repetir mandato.

El sorteo tiene muchas ventajas que no cabe resumir aquí. Por ejemplo, la estadística garantiza asimismo que los representantes de la nación serían elegidos proporcionalmente a las clases, estamentos, estratos, categorías sociales, grupos, ONGs, edades, ideologías, religiones serias y adoradores de algo, oficiales y militares sin graduación, profesores y estudiantes, intelectuales de verdad y ganadores

de premios y concursos, ascetas y macarras, amos y amas de casa, futbolistas y ajedrecistas, alpinistas y buzos, famosos y famosas, etc., aparte de acabar con las virtuosas pero engorrosas discusiones sobre los cupos y, con ello, con

la guerra civil entre los sexos, pues para la estadística sólo hay unisex.

Excluida por definición la demagogia, la selección de los gobernantes, sean jefes de gobierno, ministros, diputados, alcaldes, concejales o defensores de cualquier quisicosa, es decir, la representación sería por fin realmente objetiva, auténtica, irreflexivamente democrática y se evitaría el peligro, dada la heterogeneidad de la muestra y la duración del cargo, pues cuatro o seis años son pocos, de que se formasen nuevos partidos o que la razón y la voluntad públicas estuviesen en peores manos.

No obstante, el imaginativo y políticamente muy incorrecto escritor francés se muestra algo pesimista al final de su brillante exposición, viniendo a coincidir con García-Trevijano: para instaurar pacíficamente este sistema habría que hacer una reforma constitucional promovida por los políticos profesionales.

Dalmacio NEGRO

EL MILAGRO DE LAS VACAS LOCAS

A medida que el tiempo pasa me resulta más evidente que la divina providencia se manifiesta siempre cuando menos lo esperamos y cuando más lo necesitamos. Lo difícil, claro está, es advertir



que el Todopoderoso nos da un toque de atención para indicarnos que el camino que seguimos nos conduce al precipicio; lo cual no es tanto una cuestión interpretativa como de receptividad. Darse cuenta de por dónde van los tiros no es nada fácil y requiere un punto de intuición, dos de tranquilidad de espíritu y tres de reflexión pausada. Algo difícil de conseguir en estos tiempos en los que todo se hace a toda prisa. Así, por ejemplo, quién iba a decirnos que esta diabólica espiral de las vacas locas en realidad no es sino una señal del cielo dirigida a regenerar nuestra alicaída civilización occidental. Pues más allá de que los eurócratas nos obliguen a dejar de lado los deliciosos chuletones, lo realmente trascendental es que la mayor parte de los productos alimenticios que hoy la vorágine publicitaria nos incita a consumir son tóxicos. Empezando por las hamburguesas y las salchichas de los repugnantes «fast food» y siguiendo por los incomibles bollos de

pastelería industrial. Yo que siempre había sospechado que una comida tan lamentable no podía ser buena constato una vez más con resignación cómo se cumple ineluctablemente ese sabio refrán castellano de piensa mal y

acertarás, porque todo aquello que nos sirven al por mayor no sólo es indigerible sino que es mortal de necesidad. Principalmente porque parece que lo de los priones y las harinas cárnicas es sólo la punta del iceberg y que lo que en principio era un gigantesco fraude amenaza ahora con convertirse en un genocidio general hacia el que nos conducen todos y cada uno de los escalones de la cadena alimenticia. De seguir así las cosas va a ser preciso etiquetar los comestibles con la misma coetilla que le ponen a las cajetillas de tabaco: «las autoridades sanitarias advierten que esto de aquí dentro puede resultar perjudicial para la salud». Que quien quiera oír oiga, que el que desee entender entienda y que quien no se dé por aludido acabe teniendo el cerebro esponjiforme de res desquiciada. Así que fuera hamburguesas, salchichas, pasteles industriales, barras de almidón que llaman pan, lamentables precocinados chiclosos en estado de congelación y otros desechos de tiente que los especialistas en «marketing» llaman eufemísticamente alimentos. Porque el siglo XXI exige que volvamos la vista atrás, hacia aquellos tiempos de la España profunda en los que en diciembre los cerdos engordados a lo largo del año eran sacrificados tras un truculento rito que terminaba en una ristra de deliciosas morcillas y succulentas corras de chorizos y salchichones, en lomo de la olla, en jamones y en paletillas que daban para casi todo el año. Entonces en cada pueblo había varias yuntas porque aún se cultivaban las tierras y de rebote en el monte había perdices en invierno y codornices en verano, animales bravos y no de criadero como los de ahora. Una época en la que el que más y el que menos tenía su huerta y se atiborraba de patatas, melones, sandías, calabacines, calabazas, pimientos, tomates, pepinos y demás hortalizas a cuál más apetecible. Un tiempo en el que las madres y las abuelas hacían tartas y pasteles y nos cocinaban platos para chuparnos los dedos toda la familia un día sí y otro también. Una era en la que no había hipermercados e ir al restaurante era algo excepcionalmente reservado para las grandes ocasiones. Menos mal que cuando estábamos a punto de olvidarnos de una edad tan privilegiada la divina providencia ha vuelto a acordarse de nosotros pues, si Dios quiere, tras la crisis de las vacas locas no vamos a tener más remedio que abandonar un modelo civilizatorio que además de ser aséptico, inodoro, incoloro, insípido y aburridísimo, mata. Así que del mismo modo que ocurre con las meigas en esa entrañable tierra que es Galicia, cuando me pregunten por los milagros no tendré más remedio que decir aquello de: «creer no creo pero haberlos haylos».

Bruno AGUILERA

LAS MEDALLAS DE TRILLO

Los militares conceden a las condecoraciones un merecido valor, que los paisanos, como es el caso de Juan Bravo, no llegan a comprender del todo. Esa es sin duda la razón de que no se preste la debida atención al malestar que ha causado en el medio castrense la devaluación de las medallas en el Ministerio que dirige Federico Trillo-Figueroa.

Parecía difícil superar al anterior Gabinete, que se vio obligado por aquello de no hacer distinciones a condecorar a un diputado antimilitarista que, como es lógico, ni siquiera se dignó en recoger la medalla. Pero lo de ahora, y así lo cuenta el espía mi-

litar, es peor, porque el equipo de Trillo ha condecorado a una persona, un civil, una mujer que no se ha distinguido precisamente por sus valores castrenses. Cuentan en el Ministerio que el único merecimiento de la agraciada con una distinción al mérito militar es el de haber ayudado a la redacción de un informe encargado a dedo por Defensa a un consultor privado. Se da la circunstancia de que la condecorada ha sido despedida del prestigioso instituto en el que colaboraba tras la escandalera formada por el informe de marras.

Juan BRAVO

